

FLORENCIA ETCHEVES

La cocinera de Frida



FLORENCIA ETCHEVES

LA COCINERA DE FRIDA

PRIMERA PARTE

1

Buenos Aires, agosto de 2018

Mi abuela era experta en muertes ajenas. La relación íntima y hasta carnal que los mexicanos tienen con el arte de morir la ponía en un lugar de autoridad para la materia. La contentaba nombrar a la muerte con apodosos burlones, como si con eso la ofendiera o pudiera alejarla: la huesuda, la chingada, la parca, la pelona. Pero sus estrategias no alcanzaron para frenar lo inevitable.

—Me estoy quedando fuera de la fiesta, mi niña —murmuró en cuanto apoyé mi mano sobre la suya. Su voz potente había perdido intensidad hasta convertirse en un hilo de sonido pequeño y gastado—. La huesuda está cerca, ya la he visto. ¿No la hueles?

El ambiente olía a cítrico. En la mesa de noche, un frasco de vidrio lleno de agua, rodajas de naranjas y pedazos de jengibre despedían un aroma que me llevó a las tardes de mi infancia, a esas horas sentada frente a la mesa de la cocina de mi abuela siguiendo sus instrucciones precisas: cortar limones y toronjas en pedazos bien finitos, armar mezclas de romero, laurel, tomillo y menta en montañitas no mayores a la palma de mi mano, y triturar en el mortero de piedra varas de vainilla y canela hasta que apenas sean un polvo tan volátil como la arena. La alquimista que me había enseñado a fabricar aromatizantes naturales estaba en la cama, recostada entre almohadones con fundas

blancas y cubierta hasta el pecho por una de esas mantas de lana color morado oscuro, que uniformaba cada cama del geriátrico.

—Espero que la marcha sea feliz, y esta vez espero no volver —insistió.

No supe qué contestar. Me limité a apretar fuerte la mano huesuda que el tiempo había desgastado hasta dejarla del tamaño de la de una niña y clavé los ojos en un frasco de crema que estaba junto al aromatizante de naranjas. Lo abrí con cuidado y hundí los dedos en la pasta blanca; con la mano libre, retiré la cobija morada y le levanté despacio el camión.

Las piernas de mi abuela mantenían su antigua forma y tonicidad. Ella siempre decía que tenía piernas de bailarina y nadie se atrevía a negar semejante verdad. Los años habían decolorado su piel morena; las venas que habían logrado mantenerse ocultas empezaron a notarse hasta formar un diseño similar al de un mapa surcado por ríos finitos que iban desde los tobillos hasta los muslos, cruzando por los costados de las rodillas. Seguí el recorrido de las venas, dando pequeños toques de crema suavizante. Cuando las piernas de mi abuela quedaron cubiertas de puntitos blancos, usé las palmas de mis manos para masajearlas, lento pero con firmeza. Cada músculo, cada poro, cada centímetro. Me detuve en la mancha de nacimiento que decoraba el costado de su muslo derecho, justo encima de la rodilla: un óvalo acabado del tamaño de una moneda. Mi abuela usaba las faldas de un largo que cubría la mancha y, al mismo tiempo, dejaba al descubierto las curvaturas perfectas de las pantorrillas. El largo ideal. Las noches de verano, sus camiones de muselina me permitían ver esa marca que, ante mis ojos de niña, la hacían especial.

Mientras con el dedo índice acariciaba el contorno color chocolate amargo, recordé su reacción al preguntarle, siendo yo muy pequeña, por qué tenía la pierna marcada. Con un movimiento rápido, estiró el vestido hacia abajo, como si la hubiera descubierto cometiendo un pecado; clavó la mirada en el piso y me contó, en un susurro, que muchos

años atrás, en el municipio de San Pedro Mixtepec, en su Oaxaca natal, un grupo de cazadores se había detenido frente a la roca gigante de un cerro. La roca tenía dibujada la silueta de una mujer india que cubría su cuerpo únicamente con sus larguísimas trenzas. Junto a la piedra, había una cantidad enorme de plomo. Los cazadores, muy decididos, metieron en sus bolsas el plomo con el que pensaban fabricar balas. El rumor fue corriendo como corren los rumores: de boca en boca. Se armaron grupos de peregrinaje hasta la piedra, todos querían conocer a la india mágica. Hasta que una situación sirvió de alerta: muchos de los hombres que habían subido al cerro no regresaron jamás. Los lugareños juraban que de noche se podían escuchar los gritos aterradores de los desaparecidos. Solo uno de ellos volvió. Le decía a quien quisiera escuchar su historia, con la mirada aún atravesada por el pánico, que la india de las trenzas y la mancha en la pierna estaba endiablada. Mi abuela aseguraba que era una descendiente directa de esa india. Y yo le creí tanto que durante mucho tiempo me pinté la mancha con un marcador color café. Fue la única forma que encontré de pertenecer a ese linaje al que pertenecía mi abuela. Una forma poco eficaz, que se esfumaba cada noche con agua y jabón.

—Ya está, Paloma. Es tiempo de dejarla ir. Tiene que seguir su camino —dijo una de las enfermeras, mientras apoyaba su mano caliente en mi hombro.

Nayeli Cruz, mi abuela, la india mágica, murió a los noventa y dos años, sin que yo pudiera terminar de esparcir la crema suavizante sobre sus piernas de bailarina.

2

Tehuantepec, diciembre de 1939

Como todas las mañanas, segundos antes de abrir los ojos, durante el espacio entre el sueño y la vigilia, Nayeli estiró el brazo y con las yemas de los dedos tanteó el costado de su cama. No concebía la idea de arrancar el día sin poner su mano sobre la mejilla cálida de su hermana mayor. A pesar de que se llevaban tres años de diferencia, muchos creían que eran mellizas: las mismas piernas delgadas de muslos redondeados; las caderas anchas; bocas carnosas de comisuras hacia arriba, que daban el aspecto de estar siempre sonriendo, aunque no lo hicieran muy a menudo, y matas de cabellos negros, lacios, relucientes, que cubrían como cortina de seda unas cinturas finas. Pero los ojos marcaban la diferencia. Los de Rosa eran rasgados y del color castaño del río Tehuantepec; los de Nayeli, redondos y verdes como dos hojas de nopal del cerro. «Las tehuanas tenemos en la sangre todas las razas del mundo», solía contestar Ana, su madre, cada vez que alguien fruncía el ceño ante la imagen de una indígena de ojos claros.

Rosa poseía el don del movimiento: su cuerpo parecía siempre estar bailando una música que solo estaba en su imaginación. La gente, con disimulo algunas veces y sin tapujos algunas otras, pasaba por su puesto de venta en el mercado con el único fin de verla

acomodar las frutas con sus dedos largos y finos, como si esa simple tarea fuera un espectáculo. Primero colocaba los plátanos, los mangos, los higos y los montones de ciruelos sobre su falda bordada de flores; con un paño de algodón les quitaba polvo y pelusas, con la delicadeza de una madre limpiando a su bebé; por último, antes de ordenar las frutas en las canastas, se despedía de cada pieza con un beso leve.

Desde pequeñas compartían una habitación, la más grande y espaciosa, de la casa de adobe construida y emparchada sobre el terreno de la familia Cruz. La decisión de que durmieran juntas la había tomado Miguel, el padre de familia, luego de que una fiebre atroz casi se llevara la vida de la bebé Nayeli. Siempre había sido enérgico pero discreto, nunca tuvo que ser ruidoso para que su palabra fuera respetada: era un hombre de silencios elocuentes. Y nadie se animó a discutirle.

Habían intentado todo para salvarla. Ni las tres gallinas de tierra ofrendadas a Leraa Queche, ni las velas encendidas día y noche para Nonachi, ni siquiera la intermediación del maestro letrado ante los dioses extraterrenales lograron que la niña sanara: su cuerpo se había convertido en un bulto pequeño y caliente como una brasa, una bola de carne y sangre que se agitaba en el afán desesperado de respirar. Fue Rosa, con apenas seis años en ese entonces, quien acercó la solución.

—Una mujer de cabello blanco me dio esto para mi hermanita —dijo con voz aflautada mientras extendía sus manos, que sostenían una canasta pequeña, tejida con fibra vegetal.

Ana y Miguel, madre y padre, sacaron de la canasta una mezcla pegajosa de resina de copal y, al mismo tiempo, miraron a su hija mayor sin entender y sin saber qué preguntar. La niña continuó con el relato:

—Me dijo que encendamos el copalito y acerquemos a Nayeli al humo blanco.

La seguridad con la que la niña dio las indicaciones no dejó espacio para las dudas, tal era la desesperación por salvar la vida de la bebé que ni siquiera repararon en que Rosa había hablado de corrido y sin media lengua. Tampoco notaron que estaba vestida con el atuendo de gala: falda y huipil con flores bordadas en hilos rojos y dorados y que sus pies, que siempre andaban desnudos, vestían huacharaches de piel.

La madrina Juana corrió hasta su casa y trajo el cuenco de piedra que habitualmente usaba para moler semillas. Untaron el interior con una parte de la resina y, en el medio, acomodaron el resto armando una pelotita deforme. Miguel encendió un carbón pequeño y lo hundió en la copalera improvisada. No supieron de dónde sacó la fuerza Rosa para tomar en brazos a la bebé, pero no se animaron a cuestionar lo que parecía ser un designio: era ella quien poseía el conocimiento y el poder.

El humo blanquecino inundó la sala de la casa, el olor intenso del copal se metió de lleno en los pulmones de todos. Rosa apoyó a Nayeli en el piso, sobre una manta de algodón estampada en colores azules y amarillos. En un instante, las volutas de humo se unieron y formaron una nube compacta que envolvió a la bebé como si fuera un manto caído del cielo. Ninguno se movió por temor a romper el encanto; hasta Rosa, la única de la familia que trajo certezas a la desgracia, se quedó con los pies clavados en el suelo.

El grito desgarrador de Nayeli les hizo pegar un brinco. La nube desapareció de golpe, sin dejar rastro. Madre y madrina se cubrieron los ojos al mismo tiempo; una lo hizo con la parte baja del huipil; la otra, con la falda. Ninguna se animaba a comprobar qué había sucedido con la bebé. Miguel, que había seguido todo el proceso mirando por la ventana hacia el gran puente de acero que cruza las playas arenosas del río Tehuantepec, permaneció en la misma posición, como si la intensidad de su mirada pudiera hacer caer la estructura.

—Miren, aquí está mi hermanita. ¡Ya no quema como brasa! —exclamó Rosa al tiempo que sostenía a Nayeli—. Y sonrío. Miren, miren. La bebé sonrío.

Cuando madre, madrina y padre se abalanzaron, Nayeli ya no sonreía, pero la fiebre se había ido y el pecho ya no se le agitaba como el de un animalito herido.

—Has salvado a tu hermana, Rosa —dijo Miguel—. Desde hoy, serás su guardiana, su protectora. Dormirán juntas en la habitación grande para que puedas defenderla de los demonios y de los jaguares que algunas noches se acercan.

La hermana mayor siguió el mandato al pie de la letra. Con los años, se convirtió en un talismán: era lo último que Nayeli necesitaba tocar antes de dormir y lo primero al despertar. Pero esa mañana las yemas de sus dedos no encontraron el calor del cuerpo de Rosa. Nayeli estiró un poco más el brazo, y nada. No tuvo otra opción que abrir los ojos para comprobar lo que sospechaba: su hermana no estaba a su lado, en la cama. Un coco envuelto en un paño blanco con rayas azules y rojas ocupaba su lugar.

—¡Mamá, mamá! —gritó mientras cruzaba corriendo el pasillo largo que conectaba las habitaciones con la casa. Estaba descalza, vestía solo un camisón de algodón blanco y aferraba junto al pecho el coco y el paño—. ¿Por qué Rosa me dejó este regalo si hoy no es mi santo?

Ana apenas levantó la mirada cuando su hija menor entró como una tromba en la sala. Se quedó quieta, sentada en una mecedora de mimbre con los labios apretados y los brazos cruzados sobre su barriga. Parecía una niña encaprichada, a la que le acababan de quitar un dulce. Nayeli no recordaba cuándo había sido la última vez que había visto a su madre sentada, sin que sus manos estuvieran cocinando, bordando huipiles propios o ajenos, o tejiendo canastas de infinidad de formas o tamaños. Lo único que sobresaltó a la mujer fue el estruendo que hizo el coco al estrellarse contra el piso y romperse

ligeramente. Nayeli pudo sentir la pulpa gelatinosa de la fruta colarse entre los dedos de sus pies.

Se le resbaló de las manos en cuanto notó que su madre estaba vestida con el traje de gala, el único que tenía, el que solía vestir para la fiesta del patrono, para las velas o las misas especiales y para despedir a los muertos: el huipil de talle corto, de muselina, bordado con motivos de flores y hojas en hilos púrpura, rojo y carmesí intenso; la falda de terciopelo haciendo juego, y el olán de encaje liso y almidonado. Colgando del cuello, el doblón de monedas de oro y, para coronar la estampa majestuosa, se había colocado el huipil de cabeza, cuyos múltiples pliegues de encaje enmarcaban su rostro haciéndola parecer una guerrera.

—Mamá —insistió Nayeli, esta vez sin gritar. Apenas un hilo de voz salió de su garganta—. ¿Dónde está Rosa? ¿Por qué estás vestida de gala?

—Pedro la ha robado, mi hijita —susurró Ana.

Miguel se acercó a su hija menor y le acarició con ternura el cabello negro que le cubría toda la espalda.

—Es la tradición, Nayeli —explicó—. Tu hermana ya está en edad de armar una familia. La madrina Juana, tus primas y las tías están en la casa de Pedro Galván dando fe de que Rosa ha dado honor a esta casa y a esta familia.

Nayeli podría haber gritado que su hermana no estaba enamorada de Pedro, que la familia debía evitar esa boda, que Rosa todavía era muy joven para pensar en un hogar con hijos propios; sin embargo, prefirió pisar con los pies desnudos los pedazos de coco esparcidos en el piso, dar un portazo y correr las cuadras que separaban su casa de la casa de la familia de Pedro.

Ante la mirada atónita de las mujeres semidesnudas que se bañaban al mismo tiempo que lavaban su ropa, acertó camino por la orilla del río. La jovencita de camisón y ojos verdes que corría por los bancos de arena como si la persiguiera un diablo sorprendió a todas.

La casa de la familia Galván era espaciosa, de paredes de ladrillo a la vista y techos mitad adobe y paja, mitad tejas. Habían migrado al istmo de Tehuantepec en 1931, días después de que el terremoto de Oaxaca dejara lo mucho que tenían convertido en polvo. El movimiento atroz de la tierra no solo había arrasado con la ciudad, sino también con el estatus social que los Galván habían ostentado: pasaron de ser ricos a ser unos humildes comerciantes de frutas y verduras en el mercado. Nunca pudieron olvidar la tragedia, el momento exacto en el que una parte del techo se desplomó y las paredes se agrietaron como si hubieran sido construidas con papel; los gritos de los vecinos, mezclados con los crujidos de la tierra y el estrépito que provocó la caída de la campana de la torre del templo de San Francisco. Padre, madre e hijos se arrodillaron en la calle, a la que habían conseguido llegar, y le prometieron al altísimo que, si lograban sobrevivir, nunca más iban a quejarse de nada. La familia Galván sobrevivió y cumplió. Todos menos Pedro, que no recordaba haberle prometido nada a nadie.

Nayeli no tuvo que colarse ni que inventar ninguna excusa para escuchar y ver lo que estaba sucediendo adentro de la casa. Todas las ventanas y la puerta de marcos verdes estaban abiertas. Fue suficiente acercarse a la ventana principal. Su hermana estaba acostada sobre una cama pequeña, de sábanas blanquísimas; el cuerpo, cubierto por un manto de algodón, también blanco.

La madrina Juana encabezaba la ceremonia. Se había ganado el puesto gracias a un pasado dedicado a sepultar a los más humildes. Nadie como Juana estaba tan al tanto de las tradiciones antiguas que rodeaban a la muerte, pero tampoco nadie era tan eficaz a la hora de fiscalizar el robo zapoteca. Detrás de su cuerpo robusto, sus hermanas Josefa y Leticia colaboraban salpicando con pétalos de flores rojas y confetis la figura de Rosa, que desde su lugar de reposo las miraba con una sonrisa triste. Alguien le había colocado un paliacate bermellón en la cabeza.

—¿Estás aquí de conformidad, hija? —le preguntó Juana.

Rosa se sentó en la cama, con la espalda contra la pared y los brazos cruzados sobre el pecho. Desde el otro lado de la ventana, Nayeli intentó descifrar la demora de su hermana mayor para contestar la pregunta.

—Sí, madrina —dijo Rosa con voz firme.

Sus mejillas oscuras se encendieron y sus ojos castaños se llenaron de pequeños laguitos que quedaron estancados en las pestañas, como si fueran un dique. Los hombros desnudos temblaron y, por un segundo, el brillo de su cabello pareció opacarse. Rosa mentía y Nayeli lo supo al instante.

Los consejos matrimoniales de las mujeres que rodeaban la cama no tardaron en llegar y retumbaron contra las paredes de la habitación: «No está bien que hayas huido con tu novio, pero entendemos que sea la tradición», «Desde ahora tendrás una nueva familia a la que respetar y querer», «No debes faltar al respeto ni a tu marido ni a tus nuevos mayores», «Deberás educar en el trabajo y en el esfuerzo a tus hijos», «No debes demorarte en traer niños a la familia, ese es el don que tenemos las mujeres». Palabras y palabras que se negaban a entrar en los oídos de Rosa.

Nayeli supo que tenía que rescatar a su hermana, salvarle la vida. Se lo debía. Se alejó de la ventana y, en puntas de pie, rodeó la casa. Esquivó los canastos que cada día se llenaban de las frutas y las verduras de la huerta para ser vendidas en el mercado, también sorteó la estructura de hojas de plátano que, colocadas sobre palos de bambú, contenían el doble de mercadería de la que cabía en las canastas. Se detuvo unos segundos delante de una pequeña puerta que daba a la cocina de la casa de los Galván; el aroma del pan recién hecho y de los tamales le hicieron rugir las tripas, con el apuro por salvar a Rosa se había olvidado de desayunar.

Cuando llegó a la puerta principal, la de los marcos verdes, entró con tanta seguridad que ninguna de las mujeres que estaban

acomodadas en las sillas de la sala le prestó atención. Algunas estaban entretenidas pelando frutas; otras, abocadas a la fabricación de unas coronas repletas de rosas rojas. Nayeli cruzó un pasillo oscuro. La luz del sol, que iluminaba cada estancia de la casa, no llegaba a ese conducto de paredes húmedas de adobe. Reconoció la habitación que había visto por la ventana, se coló despacito y se acomodó en un rincón.

Llegó a ver el momento exacto en el que su hermana, desde la cama, le alcanzaba a la madrina Juana un pañuelo blanco con manchas rojas. Madrina, tías y primas hicieron exclamaciones, al tiempo que aplaudían emocionadas. No tardaron ni dos minutos en salir de la habitación en procesión, con Juana a la cabeza; en sus brazos, llevaba el pañuelo con la sangre virginal de Rosa, como si fuera un bebé recién nacido.

—¿Qué haces aquí, niña? —preguntó la hermana mayor en cuanto notó que se habían quedado solas.

—¿Qué haces tú aquí? ¡Te vistes y vamos ya mismo para la casa! —ordenó la hermana menor. Levantó la falda y el huipil de Rosa, que habían quedado hechos un bollo en el piso, y arrojó las prendas sobre la cama—. ¡Vamos, vístete!

—Ven aquí, hermanita —dijo la mayor, con tono maternal.

En ese momento, Nayeli entendió que acababa de perder a su hermana. Sin embargo, obedeció y se sentó a su lado, con la actitud de quien va a visitar a un enfermo. Rosa le tomó ambas manos, las besó y lanzó una advertencia:

—Tienes que irte. —Nayeli abrió la boca para interrumpirla, pero Rosa apoyó el dedo índice sobre sus labios y siguió hablando—: Yo ya soy la mujer de Pedro Galván, le he entregado mi cuerpo a cambio del tuyo. Pero no estás a salvo, en poco tiempo su hermano Daniel irá por ti.

—¿De qué hablas? No entiendo.

—Eres una tehuana de ojos verdes, niña. Eso cotiza mucho en la

familia Galván. Insisten con que eso les devolverá el estatus que perdieron después del terremoto.

—Nuestra familia no lo permitirá. Salgamos ya mismo de aquí.

—Me quedo —dijo Rosa con certeza—. Tendré mis hijos y mi familia con Pedro.

—Pero tú no lo amas —dijo Nayeli, al borde del llanto.

Rosa se levantó de la cama. Estaba totalmente desnuda. Unos moretones en sus muslos dejaban ver que el consentimiento no había formado parte de la noche con Pedro. Caminó despacio hasta el rincón en el que había quedado su ropa de tehuana, tirada sobre el piso. A pesar de la desazón y la resignación, sus movimientos fueron suaves, danzados, como si su cuerpo acariciara el aire.

Se puso en silencio la falda larga y el huipil. De memoria, separó su cabello en dos partes y lo trenzó. Mientras enroscaba las trenzas con una cinta violeta sobre su cabeza, reparó en que Nayeli, su hermana menor, su tesoro protegido, la miraba con la misma fascinación de siempre. No pudo evitar sonreír. Le causó alivio saber que perder su virginidad no había hecho mermar ni un ápice su magnetismo. Se secó las manos sudadas en los costados de la falda y se arrodilló ante su hermana, que seguía sentada en el borde la cama.

—Tienes razón, mi niña. Yo no amo a Pedro, pero ¿tú sabes acaso lo que es el amor? —preguntó.

Nayeli negó con la cabeza, mientras se mordía el labio inferior en un esfuerzo por no llorar.

—El amor es una tragedia. Algunos se la imponen por propia voluntad, y a otros nos la imponen. Pero nunca es feliz. El amor feliz no tiene historia, y yo quiero que tú seas feliz y que tengas una historia. Huye, hermanita de mi alma, lejos, bien lejos.

—¿Qué tan lejos, Rosa? —Las preguntas salían de la boca de Nayeli como cataratas. Sabía que su hermana nunca se equivocaba y no confiaba en nadie más que en ella—. ¿Y qué les digo a nuestros

padres? ¿Y con qué dinero voy a huir? El cerro es el lugar más lejano al que me han llevado mis pies.

Rosa le apretó fuerte las manos y le clavó los ojos como nunca antes lo había hecho. Se quitó con cuidado un collar que colgaba de su cuello y, mientras lo pasaba por la cabeza de su hermana, sentenció:

—Este amuleto te cuidará siempre. Tú eres hija del momento, Nayeli. Y yo no voy a permitir que te pierdas.

Y así fue.

3

Buenos Aires, agosto de 2018

Unos minutos después de que mi abuela dejara de respirar, me metí en el baño de su habitación para mirarme en el espejo. Necesitaba ese momento de soledad para comprobar si ya me había vuelto vieja. Nayeli siempre decía que, a medida que nuestros antepasados van muriendo, los que quedamos en esta tierra empezamos a envejecer.

Antes de someterme al escrutinio, me lavé la cara. De inmediato, y sin pausa, como suelen hacerlo las desembocaduras de los ríos dulces en las profundidades saladas del mar, el agua fría se mezcló con mis lágrimas tibias. Me sequé las mejillas, la frente y el cuello con la toallita rosa, que todavía guardaba el olor a talco de Nayeli, un talco de violetas que usaba para perfumar su cuerpo.

La persona que había empotrado el espejo cuadrado en los azulejos blancos había sido bastante descuidada: una inclinación hacia la izquierda me obligó a torcer un poco el cuerpo para el lado contrario. Por un segundo temí que mi imagen desapareciera por el costado del espejo torcido. No tenía arrugas nuevas, apenas las líneas de expresión que habían empezado a aparecer el año anterior, cuando cumplí los treinta; ninguna cana se presentó de improviso, mi pelo seguía siendo oscuro y brillante. Levanté un poco la cabeza y certifiqué que mi cuello estaba firme, sin papada. Tampoco había surcos en la piel

del pecho. La teoría de mi abuela se desvanecía: no me veía más vieja porque ella se había muerto. Aunque ya empezaba a estar más sola.

La voz de Gloria me obligó a recordar que, al otro lado de la puerta, estaba el cadáver de mi abuela y que me tocaba hacerme cargo de una despedida para la que no estaba preparada.

—Paloma, querida, ¿estás bien? —dijo, y acompañó la pregunta con tres golpes firmes en la puerta.

Con sus noventa años, Gloria Morán había adoptado el rol de guardiana de Casa Solanas, la residencia para ancianos que se había convertido en el hogar de mi abuela. Todo lo manejaba desde el costado del patio, en el que las enfermeras habían puesto una mesa pequeña de madera pintada de blanco y un sillón de mimbre. Cuando se dieron cuenta de que Gloria había decidido pasar allí cada hora del día, acondicionaron el lugar y colocaron sobre la mesa una maceta con flores, un termo con té de duraznos siempre caliente, una taza de loza verde y una sombrilla para que el sol del verano no diera de lleno en la cabeza de la mujer. Gloria había completado la decoración con sus cosas: una lata en la que mantenía ordenados sus lápices de colores, los cuadernos de hojas blancas que llenaba con dibujos de animales y una pila de periódicos a los que, con extremo cuidado, les arrancaba la última página para recortar la grilla de un juego de lotería que la tenía a mal traer.

Salí del baño. En la habitación, además de Gloria, estaba don Eusebio Miranda, el director de Casa Solanas. Iba enfundado en un traje de lino marrón. La corbata de seda al tono, de pequeños lunares amarillos, y el gesto de ocasión formaban parte del vestuario: la boca fruncida, la mirada acuosa y la barbilla levantada, como si desde arriba pudiera descifrar la muerte.

—Señorita Paloma Cruz, lamento muchísimo su pérdida, que es también una pérdida para todos nosotros. Vamos a extrañar mucho a Nayeli —dijo recitando una frase aprendida de memoria que, en una residencia de ancianos, usaba bastante a menudo.

Solo presté atención a la primera parte de su discurso. Me quedé suspendida unos minutos, pensando en mi nombre: Paloma Cruz. Cruz como mi madre. Cruz como mi abuela. Ese apellido que me viene desde el istmo de Tehuantepec, en México. Cuatro letras que signaron el destino de tres mujeres sin hombres. «Las tres cruces», solía repetir Nayeli entre risas, convirtiendo en humorada el orgullo por criar sola a una hija y por heredarle a ella, mi madre, la misma Cruz: vivir sin un hombre que se arrimara a marcar con su apellido un linaje que podía prescindir de todo tipo de protección.

Tenía que llamar a mi madre, esta noticia le iba a interesar. Mi madre es de esas personas que muestran empatía cuando ven un cadáver arriba de la mesa. Esos son los momentos en los que monta su *show*: gafas oscuras; vestido negro entallado para demostrar que, a pesar de los años, mantiene fina la cintura; cabello peinado hacia atrás, sostenido en una cola, y una cadena de mohines y ademanes tan enérgicos como estudiados. Felipa Cruz sabe decir adiós como si sufriera. Es una artesana infalible de las despedidas.

«Chaucito», dijo con los ojos llenos de lágrimas la mañana que me dejó en la casa de mi abuela, con la intención de regresar únicamente para mis cumpleaños y las navidades. Recuerdo que no me lavé la cara durante tres días, no quería que el agua y el jabón borrarán el beso rojo que su lápiz labial había dejado estampado en mi frente.

—Señorita Cruz, estoy a disposición para lo que necesite —dijo Eusebio Miranda, con esa mezcla de amabilidad y ansiedad que suelen mostrar las personas cuando se quieren quitar algo de encima. Ese «algo» era el cadáver de mi abuela.

Le pasé los datos de la funeraria que había hecho, unos meses atrás, el servicio para una vecina de nuestro barrio. En ese momento, tuve la destreza de agendar el número sabiendo que tarde o temprano lo iba a necesitar.

El ambiente empezó a sofocarme. La mezcla del aromatizante de cítricos, el talco de violetas y la crema hidratante que la muerte me

impidió seguir pasando sobre las piernas de mi abuela me provocó náuseas. Como si percibiera lo que sucedía en mis entrañas, Gloria vino al rescate.

—Vamos al patio, querida. No hay nada que podamos hacer en esta habitación. Esperemos afuera que vengan a retirarla. —Puso la mano en mi hombro, apretó con firmeza y bajó el tono de su voz—. Nayeli, tu abuela, ya no está acá. Debe estar en algún paraíso cocinando sus manjares a los dioses.

No pude evitar imaginarla entre verduras, frutas, ollas, nubes y alas de ángeles, y sonreí.

—O jugando al cadáver exquisito —murmuré.

—O repitiendo sus verdades irrefutables —remató Gloria, también con una sonrisa.

Tenía razón: mi abuela era irrefutable, nunca tenía dudas. Lanzaba aseveraciones con rigor científico, a pesar de que carecía de ciencia. Los muchos blancos que tenía en sus conocimientos los llenaba con una imaginación atroz. Era experta en tejer conspiraciones, tramas macabras y en torcer los finales de las historias. La realidad o los hechos eran, para ella, circunstancias menores que podían ser modificadas a su antojo. Tal vez por eso mi infancia navegó en el límite difuso entre la realidad y la fantasía, un límite que mi abuela se encargaba de borrar a diario.

«Juguemos al cadáver exquisito», decía cada noche, mientras ponía la mesa para las dos. No le interesaban mis cuestiones escolares ni las tareas de geografía o matemáticas que habitualmente tenía pendientes; tampoco le importaban las peleas con mis amigas. Solo escuchaba con atención cuando le describía a los chicos que me gustaban. «El amor es una buena razón para que todo lo demás falle», repetía y colaba la frase en los espacios de mi relato, para que yo recordara que amor y fracaso son dos cuestiones que van de la mano. Le entusiasmaba jugar al cadáver exquisito. Arrancaba con un pedazo de historia inventada, yo seguía con la segunda parte y ella, después, con la

tercera. Podíamos pasar las horas decorando nuestras fábulas y al final no teníamos del todo claro cuánto de lo dicho había sido real y cuánto producto de la imaginación.

El patio de Casa Solanas podía usarse tanto en invierno como en verano, un techo de metal corredizo se adaptaba a todos los climas. Con un movimiento de equilibrista con artritis —ambas manos en las rodillas y un vaivén de caderas—, Gloria se sentó en una de las sillas. El vestido de algodón rosado se arrugó en la mitad de sus muslos rollizos. Pude ver la cantidad de venitas encadenadas que decoraban su piel blanquísima.

—Voy a extrañar esos platos mexicanos que siempre me hacía. Nunca pude aprender los nombres, pero qué delicia de comida preparaba tu abuela —rememoró Gloria, mientras alisaba cada arruga de su vestido—. Con un poco de harina y leche, algunos huevos y azúcar, horneaba panes esponjosos, y todo este lugar se llenaba de un aroma maravilloso. Te digo más, por algún lado debe andar un cuaderno llenito de sus recetas. Ella misma las escribía con su puño y letra.

—¿Mi abuela escribía sus recetas? —pregunté con sorpresa.

A pesar de que había aprendido a leer y a escribir de adolescente en su México natal, no le gustaba insistir en esa práctica; decía que las letras le salían todas juntas, como si fueran gatitos bebés, acurrucados sobre los renglones. Lo único que leía eran los carteles de precios en el supermercado, y le llevaba bastante tiempo.

—Sí, claro. Se sentaba aquí mismo, en este patio, y con una pluma escribía y escribía —respondió Gloria.

—¿Dónde está ese cuaderno? Me gustaría tenerlo de recuerdo.

Gloria levantó los hombros, era su manera de fingir desinterés.

—No tengo idea. Supongo que estará entre sus cosas.

Asentí con un leve movimiento de cabeza. Entre las pocas pertenencias que mi abuela tenía en Casa Solanas, el cuaderno no estaba. Yo lo sabía bien. Solía acomodar su ropa, sus elementos de aseo y su costurero.

—Llegaron de la cochería —interrumpió el señor Miranda.

Volví a asentir con la cabeza, pero esta vez el movimiento no fue tan leve. Las horas que siguieron al anuncio del señor Miranda todavía están confusas en mi cabeza, aunque algunas pocas imágenes son claras en mis recuerdos: el camisón que decidí que vistiera en la despedida, uno de muselina blanco en el que Nayeli había bordado unas pequeñas florecitas a la altura del pecho; el hueco con la forma de su cuerpo que quedó en la cama cuando dos señores vestidos con overol azul la metieron en el cajón; el gusto metálico del café que una empleada con exceso de maquillaje servía sin parar en la sala velatoria; los rezos de doña Lourdes, una compañera de Casa Solanas que no manejaba con pericia el tono de su voz porque se había quedado sorda; la aspereza del pañuelo celeste que saqué de la mesita de luz de mi abuela y con el que me sequé las lágrimas casi toda la noche. Y la llegada de mi madre.

Felipa Cruz hizo su entrada con una habilidad pasmosa: sin estridencias, logró llamar la atención de todos. Pantalones de lino negro con caída perfecta; camisa de seda color crema, abotonada hasta el cuello; una cartera pequeña forrada en raso, con manijas de madera; el cabello recogido en la nuca con una hebilla plateada con la forma de una mariposa y un maquillaje sutil que destacaba los rasgos exóticos y le daba profundidad a sus ojos verdes, heredados de Nayeli.

Las compañeras de Casa Solanas, las tres enfermeras, la moza de la casa velatoria y el señor Miranda dejaron lo que estaban haciendo para pasear sus miradas por los detalles que emanaba mi madre. Cruzó la antesala sin quitar la vista del ataúd de cedro lustrado, que se veía por la puerta doble que conectaba con la sala principal. El ímpetu de sus pasos de zapatos de taco alto fue perdiendo intensidad, hasta desvanecerse a menos de un metro del lugar en el que descansaba mi abuela, su madre.

—¿Por qué hiciste cerrar el cajón? —me preguntó. No hubo besos ni abrazos, ningún tipo de saludo.

—La abuela siempre decía que no le gustaban las mujeres caídas —contesté—. No habría querido que la vieran en esta situación.

Mi madre levantó una de sus cejas, ese gesto tan característico e indescifrable que usaba a menudo.

—Qué pena. A mí sí me hubiese gustado verla por última vez —remató.

«Podrías haberla visitado en Casa Solanas, o haberla llamado un ratito cada día, o incluso llevarla a dar un paseo por el parque, que le gustaba tanto...», una sucesión de palabras que salieron de la boca de mi estómago, subieron por el pecho, atravesaron mi garganta y, sin embargo, se quedaron atascadas en la punta de la lengua. Preferí hacer lo que siempre hice ante mi madre: guardar silencio. De pequeña, fue la opción más simple ante el temor de que dejara de quererme; cuando entendí que no me quería, las palabras no dichas se convirtieron en el reservorio voluntario de tranquilidad. Un espacio en el que yo elegía expulsar su presencia inquietante.

—Una pena, sí —fue lo único que dije mientras la observaba sacar de la cartera una bolsita de pana color verde intenso.

Me acerqué lo suficiente como para sentir el aroma dulzón de su perfume y ver lo que sus dedos, con las uñas perfectamente esmaltadas, sacaban de la bolsita. Muy despacio fue desenrollando una trenza larga hecha con una tira fina de cuero; en el medio, un nudo sostenía un pedazo de piedra negra y brillante.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

Mi madre se sobresaltó. La concentración que tenía puesta en el collar no le permitió percibir mi cercanía. En ese momento, intenté recordar cuándo había sido la última vez que nuestros cuerpos habían estado tan juntos. No pude.

—Un amuleto. Era de tu abuela —contestó mientras rodeaba el ataúd con el ceño fruncido, evaluando cuál era el mejor lugar para depositar la pieza.

Después de unos minutos que me parecieron eternos, decidió enroscar la tira de cuero en un ramo de flores blancas que Gloria había dejado sobre la cruz de metal que decoraba el frente del cajón.

—Esta piedra negra es obsidiana —continuó explicándome mi madre, sin que yo le hubiese preguntado nada—, un vidrio volcánico que se forma cuando la lava se enfría muy rápido y no llega a cristalizarse. Tal vez porque viene del centro de la tierra es que los mexicanos le adjudicamos dones protectores. La usamos como si fuera un escudo contra todo mal.

Clavé los ojos en la piedra negra, que resaltaba entre los pétalos blancos del arreglo floral. A mi madre le gustaba mucho excluirme para provocar una herida: las mexicanas de un lado y yo, sola, del otro.

—Te criaste en Argentina, mamá. Sos más porteña que el Obelisco —dije sin poder contener, esta vez, las palabras.

Me quedé esperando una devolución artera. Mi madre tenía una daga en la lengua; sin embargo, en ese momento fue ella la que optó por el silencio. Guardó la bolsita de pana vacía en su cartera y se acomodó un peinado que no estaba desacomodado.

—Voy a tomar un café —dijo.

—Te acompaño.

Felipa Cruz, mi madre, levantó su palma derecha y me miró con sus ojos, que sabían ser de hielo.

—Voy a tomarlo a mi casa. Vos quedate.

Su espalda erguida fue lo último que vi de ella. Se retiró como la reina de corazones de *Alicia en el País de las Maravillas*, cortando mi cabeza.